

DIVORCIO Y POLITICA

El resultado final del voto de Italia en el referéndum del divorcio fue mucho más espectacular y mucho más expresivo de lo que se había supuesto: 59,1 por 100 en favor de la continuidad de Ley Fortuna —del divorcio bajo ciertas condiciones, bastante restrictivas—, 40,9 por 100 contra el divorcio. Es un resultado que permite varias lecturas.

Dureza y tolerancia

En primer lugar, inscrito dentro de una serie de acontecimientos que abarcan prácticamente toda la zona llamada occidente, desde el acoso al autoritarismo de Nixon en Estados Unidos hasta la caída del fascismo en Portugal, pasando por la fuerza electoral de la izquierda en Francia (y su capacidad de unión), o la emergencia del laborismo en Gran Bretaña, forma parte de un movimiento de caída de las sociedades llamadas duras, restrictivas, conservadoras y su sustitución por las consideradas como tolerantes.

En principio, ninguno de estos hechos aparece como comparable a los otros. ¿Qué relación podría tener que los italianos quieran tener el derecho de divorciarse con que el ejército portugués haya considerado que la guerra de Angola no es ya viable; ¿qué conjunción astral puede hacer que muera Pompidou al mismo tiempo que Nixon tiene que responder a las acusaciones de una serie de delitos?

Sin embargo, todo es uno y lo mismo. Todo procede de la apertura de unas mismas compuertas. Las que se cerraron con la guerra fría, las que comenzaron a abrirse con la coexistencia pacífica. En realidad, parte de lo que está sucediendo en el mundo occidental responde al espíritu de 1945; al que informó las resistencias europeas contra el nazismo y al que pretendió la construcción de un mundo nuevo al terminar la guerra, desde la ideología universalista de las Naciones Unidas a la de cada uno de los países implicados en la victoria y en la derrota. El gran fantasma de una lucha abierta entre el bloque occidental y el bloque comunista produjo una involución.

Al romperse ahora el dique del miedo, vuelven a moverse algunas corrientes estancadas. Normalmente, la dirección política de los países y del mundo va siempre por detrás de la dinámica de vida. Esta dinámica se nutre cada día de progresos, acumulaciones,

desbloqueo de ideas, modificación de costumbres, cambios sociológicos debidos a mil factores —interacción de las técnicas, intercambios de información—, y las direcciones políticas procuran contenerlas, porque todo poder es conservador: suele creerse un fin en sí, suele tener una doctrina que le parece imperfectible.

Pero llega un momento en que la contención es ya imposible, y cede: por eso da la sensación de que se avanza, en política, a saltos. Y los conservadores, cuando ese salto se produce, tienen la sensación de que ocurre o va a ocurrir una gran catástrofe, cuando lo que sucede en realidad es que se legalizan situaciones de hecho. Del mismo divorcio italiano no se ha dicho ya muchas veces que no ha pasado de legalizar situaciones de hecho, sin crear ninguna carrera hacia la disolución de la familia. Naturalmente, hay otra opción: la de que el poder conservador se asuste demasiado ante lo que podría ser el desmoronamiento de sus intereses, y tenga la fuerza suficiente como para cerrarse aún más, de una manera contrarrevolucionaria (Grecia, Chile); son situaciones generalmente insostenibles, aunque las coyunturas puedan ayudarlas a durar tanto tiempo que parecen definitivas y eternas. Hasta que se ve que no eran nada (Portugal) mas que el fantasma de sí mismas.

Desde esta altura puede considerarse que el caso de Francia, por ejemplo, está dentro de esa línea independientemente del resultado electoral del domingo. Tanto Mitterrand como Giscard —más aquél que éste, desde luego— representaban dos partes de un mismo papel: el de demoleedores, el de liquidadores de una sociedad cerrada; la construida por el General De Gaulle. Es decir, el regreso del parlamentarismo abierto, la plena fuerza de los partidos políticos, la libertad de prensa, la reducción del papel del «hombre fundamental». De Gaulle, Salazar-Caetano, han podido tal vez ser útiles a sus sociedades en otros momentos; han dejado de serlo, ellos y sus sistemas. Ha dejado de serlo el

presidencialismo omnímodo de Nixon y sus predecesores de la posguerra, con su decisión por encima del Congreso hasta para casos tan terribles como la guerra de Vietnam. Lo que vuelve ahora es la democracia de posguerra, la que en la posguerra quedó frustrada.

Voto por la libertad

Dentro del contexto puramente italiano, el referéndum del divorcio se ha preocupado menos del divorcio en sí que de una situación política creada por la guerra fría. Está claro, por las estadísticas de los tres años de

la de creer que la concesión de derechos y libertades puede producir un deseo inmediato de ejercerlas por parte de todo el mundo; y no es así. Derechos y libertades no son más que reservas, a las que se acude cuando se necesitan.

Un ejemplo típico de este favor es el que ha presidido por parte de la democracia italiana y del neofascismo que se ha aliado con ella en este caso; y concretamente algunas palabras de Fanfani, secretario general de la DC, que podemos traducir. «Abuelas que me escucháis —decía en un discurso en Sicilia—, preparaos a convertirnos en amas secas... Si se mantiene el divorcio, el matrimonio entre homo-



Después del resultado negativo en el debate divorcista, Fanfani quiere separar ahora la cuestión del divorcio y la situación política. A la derecha: Primera página del diario «Liberazione», del partido radical, favorable a la Ley Fortuna, sobre un fondo multitudinario de divorcistas que celebran su victoria en la Piazza Navona, de Roma.

aplicación de la Ley Fortuna, que los italianos han utilizado escasamente esa Ley, y que probablemente el 99 por 100, y algunos decimales más, de quienes la votaron ahora no van a utilizarla: lo que han votado es la defensa de una libertad individual y de un derecho individual y, a su través, de las libertades y derechos individuales.

Una de las armas predilectas de los conservadores, que emplean sinceramente y son la base de su propio terror al cambio, es

sexuales será posible. Nos volveremos todos cretinos del mismo sexo. ¿Os gustaría, queridos oyentes, que vuestra esposa os abandonase para casarse con la esposa de vuestro amigo, o que incluso se vaya con la criada, con una muchachita que tenga ganas de instruirse?»

La imbecilidad no es nunca buena defensora de ninguna causa, por noble y excelente que ésta sea y en Sicilia, tras la escucha de Fanfani, se votó por el divorcio. En Sicilia, feudo del



vicio honor conyugal, fruto de tantas caricaturas; en Sicilia, donde la mujer aparece islamizada, se votó por el divorcio... Como en Cerdeña —con más fuerza, en Cerdeña—; como en Nápoles, que sobrepasó la media nacional (aunque no en el conjunto de su región, Campania, que quedó por debajo).

Geografía electoral

La geografía electoral es clásica: menos votos divorcistas en las zonas rurales, más votos divorcistas en las aglomeraciones urbanas, en las ciudades. Corresponde a una repartición política clásica no sólo en Italia, sino en todos los países: el campo es siempre más conservador que la ciudad (más influencia del caciquismo en las aldeas, mayor apego a «lo de siempre», menor acceso a la propaganda de la izquierda). Y también mayor anti-divorcio en el Sur que en el Norte, exceptuando del Norte una región como el Alto Adigio, por ra-

zones también políticas: su temor a la absorción por Austria y el hecho de ser, por ello, la región favorita de las campañas de la derecha y de la extrema derecha.

Sin embargo, aun en estas regiones el progreso del divorcismo ha sido enorme. Se puede tomar como cifra de comparación la de las elecciones generales de mayo de 1972, en la que se enfrentaban ya los partidos divorcistas con los antidivorcistas: en todas las regiones —en el campo, en el Sur— el avance de los divorcistas ha sido de cinco puntos como mínimo y ha podido llegar a casi veinticinco, como en Val d'Aosta (1972: divorcistas, 52,5 por 100; 1974: divorcistas, 75,1 por 100).

Hacia unas elecciones

Pero hay que repetir que la fijación del tema del divorcio es solamente relativa. Hablar de divorcismo o antidivorcismo no es más que una trampa que tendió

Fanfani para recuperar el terreno perdido por la socialdemocracia en los últimos años a base de un problema de costumbres y de una cuestión religiosa. Una trampa a la que ha arrastrado a la jerarquía católica, incluyendo al Papa. En realidad, es una cuestión política. Inscrita, como queda dicho, en una corriente occidental general. Es lógico que Fanfani diga ahora, como ha dicho, que «hay que hacer una distinción entre la cuestión del divorcio y la situación política del país», y es lógico porque lo que pretende es el mantenimiento de la fórmula gubernamental actual llamada de centro izquierda; los que politizaron la cuestión tratan ahora de quitarle su aspecto político. Incluso los socialistas, que fueron y son divorcistas. Le interesa al viejo partido permanecer coaligado con la DC y con los otros partidos laicos; pueden ejercer en la coalición un peso mayor, porque saben cuál es su fuerza.

Sin embargo, la alternativa real que debía dar este referéndum es la de una unión política de la izquierda: es decir, de los partidos que han defendido el divorcio y han triunfado contra los partidos que lo atacaban —la DC y el neofascismo del MS— y lo han perdido. Pero el partido socialista sigue temiendo una alianza con los comunistas porque tienen más fuerza electoral y prefiriéndola con los democristianos, porque podrán dominarlos. A despecho de su propia doctrina, y del destrozado de la representación electoral.

¿Podrá subsistir mucho tiempo esta situación? Probablemente, no. El gobierno de Rumor no podrá continuar; no sería extraño que la próxima coalición la dirija un socialista, y que la fórmula centro-izquierda pase a ser izquierda-centro. No podrá continuar el concordato, que debe ser revisado; y ello será doloroso para la DC en el semipoder. Se planteará de nuevo la cuestión de la enseñanza laica frente a la enseñanza religiosa...

Es decir, que para subsistir, la Democracia cristiana tendrá que ir perdiendo batalla tras batalla. La moral de la izquierda está en alza, y el partido socialista tampoco podrá continuar su papel de conservador de lo establecido. Lo que se impone ahora son unas elecciones generales. Las tendencias marcadas en mayo de 1972 se quedan cortas, aun siendo las mismas, que las que se deducen del referéndum del divorcio de 1974. En un par de años más, Italia tendrá que cambiar enteramente su aspecto político actual. ■ E. H. T.

Alianza Tres

1
Corpus Barga
Los gargos verdugos
Premio de la crítica 1974
140 ptas.

2
Andrei Platónov
Dzhan
Prólogo de
Evgueni Evtuchenko
Traducción de
Amaya Lacasa
120 ptas.

3
Cesare Pavese
Cartas (1926-1950), 1
Traducción de
M.^a Esther Benítez
200 ptas.

4
Cesare Pavese
Cartas (1926-1950), 2
Traducción de
M.^a Esther Benítez
160 ptas.

5
Rafael Dieste
Historias e invenciones
de Félix Muriel
100 ptas.

6
Edouard Dujardin
Han cortado los laureles
Prólogo de Valéry Larbaud
Traducción de Roberto Yahni
100 ptas.

7
Pedro Salinas
Vispera del gozo
100 ptas.

8
Ronda de muerte en Sinera
Espectáculo de Ricard Salvat
Sobre textos narrativos,
poéticos y dramáticos
de Salvador Espriu
160 ptas.

Alianza Editorial